

Bajo la luna del Amazonas

Lydia Alfaro



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#BajoLaLunaDelAmazonas

Colección: Tombooktu Romance

www.erotica.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Bajo la luna del Amazonas*

Autor: © Lydia Alfaro

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenier

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño de cubierta: Estelle Talavera

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-55-0

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-718-7

ISBN Digital: 978-84-9967-719-4

Fecha de publicación: Febrero 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-640-2015

A Vanesa.
Él también nos mira desde la luna.

Índice



Prólogo	11
Capítulo 1	17
Capítulo 2	23
Capítulo 3	31
Capítulo 4	37
Capítulo 5	45
Capítulo 6	51
Capítulo 7	57
Capítulo 8	63
Capítulo 9	71
Capítulo 10	89
Capítulo 11	101
Capítulo 12	109
Capítulo 13	117
Capítulo 14	123

Capítulo 15	135
Capítulo 16	143
Capítulo 17	149
Capítulo 18	155
Capítulo 19	163
Capítulo 20	171
Capítulo 21	179
Capítulo 22	185
Capítulo 23	193
Capítulo 24	201
Capítulo 25	209
Capítulo 26	219
Capítulo 27	227
Capítulo 28	233
Capítulo 29	247
Capítulo 30	253
Capítulo 31	261
Epílogo	275

Prólogo



La vida es este mismo instante. El momento en que eres consciente de todo cuanto te rodea y de ti mismo. Efímero y convertido en recuerdo tras un parpadeo.

Y, después de eso, la vida son los recuerdos que uno mismo construye para salvar su propia mente de las derrotas del instante, para obtener consuelo o, simplemente, para esbozar una sonrisa.

Melinda Moon observaba el paisaje matizado de verde y marrón oscuro. Las montañas que rodeaban la autovía del Mediterráneo se alzaban majestuosas, envueltas por el cielo púrpura moteado de naranja. El amanecer se acercaba y viajaban solitarios, huyendo de los atascos estivales. Sonreía absorta contemplando las agradables imágenes de un horizonte familiar. Como cada verano, viajaban a Alicante, donde sus padres tenían un apartamento.

Este año, junto a ellos, su hermano y ella misma; viajaba su novio Luis, un atractivo añadido a las vacaciones. Llevaban juntos cerca de dos años y habían sido compañeros en la universidad de Magisterio. Aquel verano les serviría para celebrar que habían terminado la carrera. Melinda buscó a tientas la mano de él, apoyada en su

costado izquierdo, y la apretó. Él correspondió al gesto y se miraron de soslayo. Luis susurró un «te quiero» y ella sonrió todavía más, momento que él aprovechó para darle un beso fugaz en la boca.

Su padre tarareaba una canción pachanguera que sonaba en la radio. Su madre, a juzgar por su quietud, seguramente dormitaba como solía hacer en los viajes largos. Su hermano Damián, de trece años, escuchaba, a todo volumen, música en su Ipod.

Aquel instante podría definirse como perfecto: su familia en armonía, cada uno a sus cosas, y ella acariciando la mano de Luis.

—Estas van a ser una vacaciones geniales —le dijo él al oído.

Y, de pronto, una sacudida. Un grito de alarma.

—¿Pero qué cojones...? —aquello fue lo último que oyó decir a su padre. Sólo que en aquel instante; otro distinto ya, en cuestión de segundos, Melinda Moon no sabía que su vida iba a terminar para dar comienzo a otra nueva.

Asomó la cabeza y vio un todoterreno de alta gama dirigirse a toda velocidad hacia ellos. Gritó. La bilis subió por su garganta y la mano que había acariciado con suavidad a Luis se agarró fuerte, tanto que le clavó las uñas. Cerró los ojos y siguió gritando hasta que llegaron el silencio y la oscuridad más absoluta.

Melinda Moon abrió los ojos y sintió que despertaba de un sueño pesado. Le dolía todo el cuerpo y le costaba mantener los párpados abiertos, como si Morfeo se negase a dejarla salir de su reino. La confusión llegó cuando se dio cuenta de que, en lugar de en su cama, se encontraba en el coche de su padre. El desasosiego explotó en su garganta, como una molesta bola de pus, al recordar aquel último instante: un impacto. Con los ojos cerrados y gritando había notado un fuerte tirón en el cuello antes de caer en la inconsciencia. Miró a Luis, apoyado contra su

hombro, descargando todo su peso. Pronunció su nombre sin obtener respuesta. Su cuello colgaba apretando su rostro contra la axila. Intentó despertarle sin éxito.

El panorama al otro lado era peor: su hermano Damián yacía inerte con la cabeza incrustada en el cristal de la ventana. La sangre chorreaba alrededor de su cabeza y goteaba por su camiseta amarilla. El llanto emergió de manera compulsiva.

—¡Papá! ¡Mamá! —consiguió decir. Pero tampoco obtuvo respuesta.

Un sonido le llevó a mirar hacia el asiento de su madre y pudo ver como asomaba una mano que, temblorosa, buscaba a tientas algo. Melinda Moon logró alcanzar esa mano, la de su madre, y la agarró como si fuese un salvavidas.

—Mamá... —sollozó— ¿Estás bien?

Pero no contestó. En su lugar, le dio un trabajoso apretón y aflojó el agarre para caer inerte contra el lateral del asiento.

No supo cuánto rato gritó, presa en aquella cárcel de hierro. Sabiendo que nadie más iba a despertar, se sentía sola y su familia había escapado dejando sólo unos recipientes sanguinolentos y rotos.

Y aquel fue otro instante. El instante en que gritó hasta que le sangró la garganta y la cabeza amenazó con explotar. Quería cerrar los ojos y despertar de nuevo, sin que aquello fuese real. No podía terminar así todo, no podía ser. Era demasiado pronto. Era demasiado injusto. Apretó los párpados con fuerza y esperó.

Un año después



La alarma la despertó de pronto y, como de costumbre, Melinda se incorporó sobresaltada. Su corazón latía a un ritmo desenfrenado.

Dio las gracias por haberlo hecho... Hacía tiempo que odiaba dormir, lo odiaba... Pero debía hacerlo por prescripción médica. Recordó las veces que su psiquiatra, el doctor Lázaro, la amonestaba por ello. Si no dormía, terminaría empeorando su situación. La falta de sueño llevada a límites extremos acabaría por provocar graves consecuencias.

Ella insistía en que no quería dormir, que las pesadillas la asediaban. Pero él insistía en que tomase los malditos somníferos.

Odiaba tener que tomarlos porque eso significaba caer en un sueño profundo, a merced de los malos sueños. Cuando los tomaba se sentía demasiado vulnerable, como si ella misma se metiese en la boca del lobo.

Al principio, ni siquiera tenía que luchar para no dormir, su organismo, simplemente se mantenía alerta. La vigilia, su mejor aliada, era un lugar donde mantenerse ocupada con cualquier cosa que no fuese pensar en aquello.

Una vez comenzó a notar los efectos de la falta de sueño, las pesadillas invadieron el espacio real, convertidas en alucinaciones. Y, entonces, llegó el momento en que su psiquiatra le obligó a dormir con aquellas pastillas. Aunque lo odiaba, en parte se había resignado a relegar las pesadillas al mundo onírico. Sin la cordura en la vida real, jamás saldría adelante.

Salir adelante. Un pensamiento o deseo implantado por su terapeuta, presionado por la familia que le quedaba. No surgió de ella. Melinda Moon no deseaba vivir. Esta nueva vida no le gustaba. La rabia por verse obligada a vivirla le consumía y, aunque había llegado a adoptar un comportamiento rutinario, era una simple autómatas. Trabajar para vivir y mantener la cabeza ocupada. Relacionarse con la gente. Comer. Ducharse. Dormir. Un bucle interminable y sin un objetivo futuro.

Sentada en la cama y viendo cómo los primeros rayos de sol se colaban entre los agujeros de la persiana, pudo vislumbrar durante un segundo una mano que buscaba a tientas la suya... Se frotó los ojos con fuerza y volvió a abrirlos. Ya no había nada.

Se levantó y, tras desayunar y tomar el antidepresivo, se fue a la cafetería en la que trabajaba de camarera.

1

—¡Te veo mejor cara hoy, Melinda! —exclamó Sergio desde la barra.

—Gracias —Dejó los cafés en la bandeja que sujetaba Sergio sobre la barra y se acercó a él temiendo ser escuchada por alguien—. Hace semanas que duermo mejor o, al menos, duermo de un tirón. Ya sabes... Las pastillas.

Sergio, lejos de esbozar una sonrisa, sujetó a su amiga suavemente por la nuca y la acercó un poco más hasta tener su oído pegado a la boca.

—Sueño con el día en que me digas que no se debe a los fármacos. —Su voz sonaba suave e incluso tuvo un punto seductor, pero Melinda no quiso pensar en ello; él era su amigo y no había espacio en su interior para nada más. Se apartó rápidamente. A veces, la actitud de Sergio le incomodaba. Le venía bien mantener una amistad con alguien en aquellos momentos en que no estaba nada bien. Pero pensar en algo más allá de aquello le daba náuseas.

—Mi cuerpo está atiborrado de antidepresivos como de costumbre y ahora puedo dormir porque el doctor Lázaro me ha recetado pastillas para hacerlo. Supongo que algún día podremos celebrar que no los necesito. —Se rascó

la mejilla con aire casual y comenzó a darse la vuelta para seguir con su trabajo. Los pocos momentos en los que su mente esbozaba pensamientos medianamente positivos, también se debían a los fármacos y ella lo tenía claro. Su lucidez, su tristeza, su yo actual, al fin y al cabo, se lo recordaba a diario en su subconsciente. Sergio, insistió reclamando su atención:

—¿Quieres que quedemos esta noche para cenar y hablar?

—No... Gracias Sergio, pero hoy me apetece estar sola. —Y se fue a continuar con su trabajo.

Sergio la observó alejarse con tristeza en la mirada. Era muy difícil llegar hasta el corazón de Melinda Moon. Pero él lo daba todo por sus amistades y no cesaría en su intento de ayudarla. Además, también deseaba obtener un lugar más especial en su vida, ser algo más que un compañero de trabajo y amigo.

El joven la había conocido hacía apenas seis meses, cuando Melinda comenzó a trabajar en la cafetería. Recordaba aquel día como si fuese ayer: una chica menuda de pelo negro y ojos verdes entró discretamente con la mirada centrada en sus pies; de tal modo que él pensó que terminaría tropezando con alguien si no comenzaba a mirar al frente. Se comportaba con la inseguridad típica de alguien que acude a una cita a ciegas, pero en cuanto la vio acercarse a la barra para pedirle trabajo a su jefe una sonrisa se dibujó en sus ojos marrones.

No era una chica de piernas largas y perfectas, tampoco tenía un rostro de facciones armónicas, ni una figura perfecta. De hecho, estaba demasiado delgada. El pelo negro le caía lacio y sin brillo por los hombros y parecía como si se hubiese vestido con lo primero que había encontrado: unos vaqueros desgastados, que le quedaban demasiado anchos, y una camisa blanca algo arrugada, que realzaba sus generosos pechos. Sin embargo, Sergio no era capaz de

averiguar qué era lo que le obligaba a mirarla como un obseso desde el momento en que la había visto entrar.

Quizás ese misterio en sus preciosos ojos... Esa mirada expresaba sentimientos intensos y rápidamente sintió unos terribles deseos de saber más sobre aquella chica.

Pero pronto comprendió, unos días después de empezar a trabajar con Melinda, que no resultaría tan fácil averiguar sus secretos, pues era muy reservada.

Cuando se había presentado, le había dicho que su nombre era Melinda Moon. ¡Y se quedó tan ancha! Al principio, el chico pensó que le estaba vacilando, pero ella no sonrió ni le guiñó el ojo. De hecho, ni siquiera le explicó de dónde venía aquel curioso nombre —o sobrenombre— cuando se lo preguntó.

Con el paso del tiempo, Sergio terminó por entender muchas cosas sobre Melinda Moon, muchas más de las que hubiese imaginado y de las que desearía que fuesen verdad. No merecía la vida que le había tocado, pero él aprovecharía el regalo que ella le había hecho confiando en él. La apoyaría siempre y si tenía que presentarse en su casa a las tantas de la mañana para consolarla, lo haría bien decidido.

Aquella noche, tras cerrar el local, Melinda y Sergio se despidieron hasta el día siguiente:

—¿Seguro que no quieres que te acompañe?

—No, de verdad... —Ella le rozó el hombro con sus dedos—. No te preocupes tanto por mí, estaré bien. —Le dio un beso en la mejilla y se fue.

¡Qué mentirosa! Claro que no estaba bien. ¿Cuándo lo había estado? Hacía mucho de eso. Aquellos recuerdos felices sonaban tan lejanos en su cabeza que casi parecían un sueño.

En realidad lo que Melinda quería era volver a aquel punto en el camino... A aquel instante en que viajaba con su familia y ella agarraba la mano de Luis. Sigilosamente, deslizaría la otra para soltar el cinturón de seguridad y

así podría morir junto a ellos. Una fantasía íntima que no compartía con nadie excepto con su psiquiatra.

Mi querida Melinda... Cuando miro la luna te veo a ti, ¿sabes? Tienes una energía especial, el don para ayudar a la gente, para enseñar... Aprovéchalo.

Mi niña... no temas por nosotros... Cuida de ti ahora y no olvides que te estaremos observando desde la luna.

Las palabras de su madre resonaban en su cabeza. Palabras sacadas de recuerdos reales pero que se mezclaban con las que ella querría escuchar de verdad. Su madre hablándole desde la luna, con la compañía de quienes habían partido junto a ella aquella mañana.

La voz de su madre le confortaba. Desgraciadamente, Melinda no hacía caso a sus palabras. Su cuerpo realizaba los mismos rituales que alguien normal. Pero su mente no estaba allí. «No olvides que te estaremos observando desde la luna», volvía a escuchar en su cabeza.

Desde niña, la luna le había fascinado. Podía quedarse horas y horas observándola desde su ventana en el ático donde vivía hasta que se quedaba dormida apoyada en el alféizar.

Su madre la llamaba «Moon» cariñosamente y ella se había prometido que jamás se presentaría de otro modo. Ese era su nombre, su identidad.

Esa noche había luna llena. Con los pensamientos puestos en el deseo de que su madre, su padre, Damián y Luis estuviesen esperándola allí arriba, entró en el portal de su edificio y, en cuanto subió al piso, se duchó y se calentó un plato de pollo de la noche anterior.

Hoy no tomaría los somníferos, tenía una cita con la luna. Porque allí habitaban los suyos.

Se sentó en el suelo de la terraza y disfrutó de la suave brisa veraniega que acariciaba su piel recién lavada, mientras cenaba y observaba el astro. Los recuerdos llegaban a

su cabeza de manera abrupta. Se vio de nuevo en el hospital, confusa y aterrada.

Se vio a sí misma abriendo los ojos y aquel simple e insignificante movimiento, le había costado la misma vida.

—¡Ha despertado! —Escuchó una voz extraña que provenía de cerca y no pudo identificar en aquel momento—. ¡Rápido, avisad a la doctora Sánchez!

¿Dónde estaba? Sus ojos no conseguían enfocar el lugar... Unas horribles sábanas verdes la envolvían... Infinidad de tubos salían de sus brazos doloridos... Intentaba hablar pero algo en su garganta se lo impedía. Le escocía como si le hubiesen metido algo dentro. Tosía.

Una mujer intentaba tranquilizarla. Entonces, su campo de visión captó a alguien vestido de verde, pero estaba borroso, no podía ver sus facciones. La mujer se presentó como la doctora Sánchez y le explicó que estaba en la UCI del Hospital Clínico de Valencia.

Le preguntó si recordaba su nombre. Ella respondió que sí y, aunque le costó horrores sacar a flote su voz, lo pronunció en voz alta.

La doctora le decía que no hablase más y recordaba fugazmente cómo le explicaba que había sufrido un accidente, que tenían que hacerle pruebas. Lo peor fue recordar el silencio de la mujer cuando ella preguntó por su familia.

Melinda echó la cabeza hacia atrás reprimiendo un gemido. Revivir todo aquello le dolía demasiado. Tiró el plato vacío al suelo y se hizo añicos junto a sus pies descalzos, pero no le importó.

Con el único sonido de su respiración, observó el lugar donde quería estar junto a ellos. Tras el amargo torrente que manaba de sus ojos, contemplaba aquella redonda y plateada esfera, que se expandía majestuosa y burlona entre las estrellas. Siendo inalcanzable una noche más para Melinda Moon.

2

—Bien, Melinda. ¿Cómo te van las pastillas que te receté para dormir? —El psiquiatra, apoyó los codos en su escritorio abarrotado de papeles en un gesto de familiaridad.

Melinda no contestó enseguida. Se recreó pensando en la noche anterior, cuando había decidido no tomarlas tras una semana haciéndolo, y todo, para contemplar la luna. Toda la noche la había pasado en la terraza, hasta que el alba llegó y decidió bajar a desayunar. Por suerte, ese día libraba en el trabajo y no había tenido que disimular sus marcadas ojeras con dos capas de maquillaje.

Sin embargo, se le olvidó pensar en disimular su desliz ante el médico que la miraba atentamente esperando una respuesta.

—Funcionan bien... —contestó sin mirarle a los ojos mientras se rascaba distraídamente la mejilla derecha—. El fin es dormir, ¿no? Pues funcionan fenomenal.

—Por tus marcadas ojeras diría que has vuelto a saltarte la medicación —No había modo de engañar al doctor—. ¿Qué ocurrió anoche, Melinda?

Decidió no escondérselo. Al fin y al cabo aquel hombre de pelo canoso y barba de chivo, era su único vínculo con

la supervivencia. ¡Qué palabra tan graciosa! Cuando ella lo único que necesitaría era no haber despertado aquel día, y ahora intentaba seguir en pie por prescripción médica.

—Anoche había luna llena.

Y no necesitó decir más. El psiquiatra sabía lo que aquello significaba.

De forma inevitable, los recuerdos volvieron a invadir el presente.

—Melinda, ha pasado un mes y medio desde el accidente —había dicho la doctora Sánchez ligeramente sonriente—. Tu estado de salud es perfecto, ya sabes que no tienes daños cerebrales y que tus costillas están soldando muy bien.

Los tíos de Melinda, sentados cada uno a un lado de ella, posaron las manos en sus hombros, en señal de apoyo.

—Nosotros cuidaremos de ella, doctora —anunció su tía Blanca, hermana de la madre de Melinda—. Ya lo hemos hablado y Mel se vendrá con nosotros.

—Eso está muy bien —recordó que había contestado la doctora—, Melinda va a necesitar todo su apoyo.

La voz del doctor Lázaro la devolvió a la realidad.

—¿Las pesadillas persisten? —inquirió.

—Si le dijese que sí, ¿me quitaría las malditas pastillas?

El psiquiatra sonrió.

—Sabes que no, si lo hiciese, contemplarías la luna en todas sus fases, Mel. Por no hablar de que sabes perfectamente que las pesadillas, en ese caso, te perseguirían de nuevo estando despierta. ¿De verdad quieres eso?

Melinda no contestó. Sabía que él tenía razón y aquello la aterraba más todavía. Estaba atrapada. No tenía más remedio que seguir con el tratamiento.

—Lo sé, lo sé... —se lamentó—. Es todo muy contradictorio pero es que ni yo misma sé qué hacer con todo lo que tengo en la cabeza. Sólo tengo claro que necesito estar lúcida para recordar. Los recuerdos son la única compañía

que deseo de verdad, la única que me reconforta. Nada del presente me gusta. Me da mucha rabia tener que acostumbrarme a esto, a estar sola.

—No lo estás, Melinda —atajó el doctor—. Tienes a tus tíos, a tus primos y me consta que tienes buenos amigos...

—¡Sí, pero no es suficiente! —Rompió a llorar pero no de tristeza, sino de furia, la que llevaba incrustada en su pecho tanto tiempo como un veneno que la estaba consumiendo desde adentro hacia afuera—: ¡Yo les quiero a ellos! ¿No lo entiende? Sin ellos, mi vida es una mierda. No tiene sentido. Y lo peor de todo es que me veo obligada a vivir así y no quiero, ¡no quiero!

—Lo que sientes es normal, Melinda. Forma parte del proceso de duelo por el que estás pasando. La rabia y la impotencia te consumen, te gobiernan; pero debes darte cuenta de que quien lleva el mando eres tú. Tu mente intenta entender lo que te ha pasado y los recuerdos te ayudan a mantener la poca lucidez que sientes ahora mismo. Digamos que son el salvavidas al que tu mente se agarra para no ahogarse en el dolor.

»Pero llegará un momento en el que deberás entender que esto tiene que pasar... La vida sigue, las horas siguen corriendo y las hojas del calendario van cambiando. El tiempo pasa y tú debes ir en su dirección. La rabia no te deja seguir el camino pero debes ser constante, ignorar los pensamientos negativos porque sólo son atajos, engaños de tu subconsciente para dejar de sufrir... Pero el sufrimiento te acabará llevando hacia el final de esa fase... Y entonces, llegarás a un punto de más calma, un punto en el que comprenderás y aceptarás que ellos ya no están y tú sí. Los recuerdos se convertirán en imágenes agradables que te confortarán cuando pienses en tu familia, pero tendrás claro que no son tu medio de vida. Tu vida está aquí y ahora, será lo que ocurra mañana y pasado.

—No sé si estoy preparada para dejar de vivir de los recuerdos. Me duele tanto pensar en todo lo que se van a perder... En todo lo que me voy a perder yo...

—Es evidente que tu vida ha cambiado radicalmente. Ahora tienes una vida distinta y, seguramente, no es la que hubieses elegido jamás, pero esta es la realidad, Melinda. Y tu tarea consiste en convertirla en una realidad atractiva para ti. La mayoría de mis palabras sé que caerán en saco roto de momento, pero espero que creen una semilla en tu conciencia porque todos, en el fondo, queremos salvarnos. Poco a poco, entenderás todo lo que te he dicho y verás cómo eres capaz de volver a ser feliz. El tiempo te dará las respuestas. Sólo te pido que no te rindas. Sigue el tratamiento, escucha mis palabras y, poco a poco, intenta gobernar tu mente hacia lo positivo. Tú tienes la última palabra.

Mientras las lágrimas resbalaban sin cesar por sus mejillas, Melinda Moon pensó en su tía Blanca. Era una mujer cariñosa y la quería como si fuese su propia hija. Desde el fatídico accidente, no se había separado de ella ni un momento y se sintió fatal al recordar las veces que había rechazado su compañía, le había hablado mal o, peor todavía, la vez que intentó suicidarse al poco de salir del hospital.

Ella sabía que no era la única que sufría, su tía había perdido a su hermana, a su cuñado y a su sobrino. También estaría viviendo su duelo, también habría pasado por la fase de rabia. ¿Habría conseguido llegar a la fase de aceptación? Jamás se lo había preguntado. De hecho, sólo pensaba en sí misma. Estaba demasiado ocupada con sus fantasmas.

Cuando uno está deprimido se convierte en alguien muy distinto. El fuego que todos tenemos en nuestro interior va perdiendo intensidad e, incluso, llega a apagarse. La alegría da paso a una amargura que te carcome por dentro y te convierte en una persona huraña y egoísta.

Melinda entonces recordó la primera semana, tras salir del hospital, fueron unos días muy oscuros... de un negro atroz.

Sentados a la mesa para cenar, su tía Blanca la observaba mientras movía el tenedor de un lado a otro del plato de manera distraída. Su mirada apuntaba hacia algún lugar perdido entre el mantel y el suelo. Blanca le llamó la atención por no probar bocado. Aunque lo hizo con tacto y con aquella compasión que tanto la enfermaban. Ella respondió que no tenía hambre sin mirarla a la cara. Su tío Germán intervino algo más severo, echándole en cara que no comía nada y que eso no podía continuar así.

Melinda no contestó. ¿Qué había comido desde hacía una semana? Realmente se podía contar con los dedos de la mano lo que se había llevado a la boca. En el hospital la obligaban a hacerlo pero ahora... Ahora era dueña de su cuerpo de nuevo y no tenía hambre, así que no comería. Le importaba bien poco convertirse en un saco de huesos y consumirse. Si ese era un modo de volver a verles, bendito fuera.

Tiró el cubierto en el plato y anunció levantándose que se iba a la cama.

—¡Espera! —Su tía Blanca la sujetó del brazo y le dijo que tenían que hablar.

—¿Qué? —contestó agriamente.

—¿Te apetece que mañana hagamos algo juntas como ir de compras?

—No, no me apetece. —Intentó soltarse pero su tía mantuvo el agarre firme.

—¿Te acuerdas de que querías apuntarte a una ONG? Mel, podríamos ir a informarnos sobre ello y, quizás...

—¡No! —la interrumpió gritando y pegando un tirón de brazo con el que consiguió, esta vez, escapar—. ¡No quiero informarme de nada! ¿De acuerdo? Sólo quiero irme a la cama.

Toda la vida, casi desde que tenía uso de razón, Melinda había soñado con que de mayor se dedicaría a ayudar a los demás. Cuando un amigo se caía jugando y se hacía daño, ella se esmeraba en curarle. Melinda Moon era siempre

quien se encargaba de todas esas cosas. Con el tiempo, comenzó a interesarse por ayudar a sus compañeros de clase cuando tenían dificultades con alguna asignatura. Siempre había sido una chica muy estudiosa y responsable; además, saber que podía ayudar con ello a los demás le hacía sentir bien. Tras acabar el bachillerato, se dedicaba a dar clases de repaso a niños de primaria y a alguno de secundaria.

Acababa de sacarse la licenciatura en Magisterio justo aquel año. Aquel verano las primeras vacaciones familiares servían también para celebrar su fin de carrera. Y el sueño de Melinda era poder enseñar a los niños más desfavorecidos. Para ello se disponía a informarse, en cuanto acabase el verano, para ingresar en alguna ONG dedicada a ello. Pero, tras el accidente, muchos sueños se habían visto nublados por la depresión. No recordaba tener una ilusión, puesto que sus ilusiones murieron aquel día con su familia y su novio.

Le vino a la cabeza de nuevo lo que ocurrió aquella noche, cuando subió a su habitación dejando la mesa donde cenaba con sus tíos. Ya hacía un año.

Contemplaba el cielo oscuro desde la ventana de su dormitorio. Esa noche no había luna ni estrellas, sólo una espesa capa de nubes que oscurecían todo aún más. Las lágrimas bañaron su rostro pálido y sus labios temblaron.

¿Ayudar a los demás? ¿Y a mí quién me ayuda? —pensaba—. La tía Blanca, el tío Germán... Sí... ¿Es que no entienden que no quiero nada? No quiero nada. ¡Nada! Quiero morir, quiero desaparecer. Sin ellos no quiero ser nadie. Sin él no me queda ilusión. ¡Luis! No quiero ninguna ONG, no quiero comer, no quiero dormir y no quiero ver más la luna... ¡Quiero estar en ella! ¡Con vosotros!

Aquella fatídica noche abrió bien la ventana, impulsada por la cólera que bullía en su interior. Cualquier pensamiento lúcido hacía tiempo que había abandonado su

cabeza. Sólo pensó en saltar, era su única salida. Lo deseaba de manera ferviente.

Ahora, de vuelta al presente, los remordimientos por el sufrimiento que había causado a sus tíos le golpeaban con fuerza en la boca del estómago.

Se dio cuenta de que ese es el egoísmo que te provoca el dolor, la indiferencia hacia todo lo que no se encuentra en el interior de tu cabeza. Nada más allá de tus propios pensamientos y mundo interior tiene importancia. Y ahora veía lo mal que se había comportado. Ella llevaba la pesada carga de la pérdida de su familia a sus espaldas pero a ellos les había provocado un daño adicional e innecesario. Jamás se había disculpado. Jamás le había preguntado a su tía cómo estaba. Se había limitado a autocompadecerse, a lamentarse... Se había metido dentro de una burbuja que le impedía comunicarse con el exterior.

El doctor Lázaro, quien seguía atento sus silencios, interrumpió sus divagaciones:

—Tengo algo para ti, Melinda. —El psiquiatra revolvió los papeles de su escritorio y sacó un pequeño folleto de entre ellos— A ver, ¡sí, este es! —Se lo tendió con una mirada esperanzada—. Creo que te puede interesar.

Melinda aceptó lo que él le entregaba y lo hojeó. Era un folleto informativo sobre una ONG. No llegó ni a leer sobre qué trataba. Lo dejó encima de la mesa y miró hacia la ventana del despacho, no trataba de encontrar nada, sólo era que no quería afrontar la mirada decepcionada del doctor.

—No estoy preparada —dijo simplemente.

—Melinda, tú decides si lo estás o no. Sabes que es muy importante que no te autocensures. Esto era tu sueño.

—Usted lo ha dicho: lo era. Ahora mismo no tengo claro que quiera volver a pensar en todo eso... Ya no tengo sueños. «Sólo tengo pesadillas», pensó para sí misma.

El psiquiatra miró su reloj.

—Bueno, por hoy ya es bastante. Nos vemos la semana que viene, ¿de acuerdo? Piensa en lo que hemos hablado.

Melinda se levantó y cogió con rapidez su bolso. Deseaba marcharse a casa y echarse en el sofá. Los efectos de la noche en vela se dejaban notar.

—¡Espera! —El psiquiatra le volvió a tender el folleto, insistiendo—: No te olvides de esto, quizás cuando decidas estar preparada, te sea de ayuda.

Melinda no dijo nada, sólo sonrió tanto como su rígida cara le permitió y lo cogió para dejarlo caer en el fondo de su enorme bolso de calle.